



En la portada del volumen IV de esta colección figura el año 1908 como fecha de edición, tiene una extensión de 675 páginas y cuenta con 119 fotografías, 56 grabados/dibujos/pinturas, 10 láminas sueltas, 112 mapas/planos, 6 cuadros/series de datos y 264 notas explicativas a pie de página.

Este tomo continúa la Historia Moderna iniciada en el volumen anterior y su contenido se organiza de la manera que detallamos a continuación:

Libro Tercero: Historia Moderna

Cap. VII: Municipios.

Cap. VIII: Monarquías.

Cap. IX: Mongoles, turcos, tártaros y chinos.

Cap. X: Descubrimiento de la Tierra.

Cap. XI: Renacimiento.

Cap. XII: Reforma y Compañía de Jesús.

Cap. XIII: Colonias.

Cap. XIV: El Rey Sol.

Cap. XV: El siglo XVIII.

Índice alfabético

Índice de los mapas.

Índice de las materias.

Pauta para la colocación de las láminas sueltas.

Aunque emplea la expresión terminológica “Historia Moderna” a partir de la era cristiana, sin embargo, señala como hecho histórico esencial, y le atribuye capacidad divisoria entre la Historia Antigua y la Historia Moderna, a la vuelta al mundo de Magallanes y Juan Sebastián Elcano:

Desde todos los puntos de vista, la primera circunnavegación del mundo fué el acontecimiento capital de la nueva era, la fecha por excelencia que separa los tiempos antiguos del período moderno.<sup>1</sup>

Hay una lógica reclusiana de la Historia que postula la existencia de una línea de progreso ininterrumpido en los acontecimientos, y se encamina hacia la emancipación de los individuos en pequeñas repúblicas urbanas vinculadas por relaciones federativas. Aquí recogemos a un ejemplo de lo dicho en un pasaje referido al Renacimiento y al Humanismo:

Pero el impulso de libertad que había constituido las repúblicas, los municipios y las ligas contra el feudalismo debía continuarse lógicamente hasta la emancipación del individuo, y el hombre del siglo XV trató de desprenderse de la sociedad ambiente para descubrirse en la plenitud de su fuerza y de su belleza.<sup>2</sup>

La explicación de la dinámica histórica a partir de la lucha de clases, de la confrontación inevitable entre capital y trabajo, se reitera a lo largo de toda la obra:

---

<sup>1</sup> RECLUS, Elíseo: *El Hombre y la Tierra: Historia Moderna*. Barcelona, Publicaciones de la Escuela Moderna, 1908, vol. IV, p. 284.

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 294.

Como siempre, en los orígenes y en el desarrollo de la industria, se halla la áspera lucha del capital y el trabajo.<sup>3</sup>

No es poco frecuente encontrar, en los análisis críticos de Reclus, expresivos juicios de valor, evidenciadores de la óptica axiológica desde la que se enfrenta al examen de los hechos históricos:

Los italianos, dice una memoria de la Edad Media, querían dos señores para no tener realmente ninguno. Política ingeniosa indudablemente, pero inmoral, que se avenía con todas las bajezas, con todas las traiciones, y que había de terminar fatalmente por la doble servidumbre de los ciudadanos al papa y al emperador.<sup>4</sup>

Las simpatías de nuestro autor caen del lado masón, traído al texto para resaltar virtudes y oponerlas a los “vicios” de la Iglesia Católica, anteponiendo el “espíritu laico” al religioso:

Los maravillosos edificios del período románico y de los siglos de la ojiva nos refieren, no el poder de la religión, sino al contrario, la lucha victoriosa que el arte, esa fuerza esencialmente humana, ha sostenido contra ella; nos habla del triunfo de los obreros, quienes se relacionaban poco con los curas y recíprocamente no gozaban de las simpatías de éstos. Los “masones” (albañiles), la corporación que supo adquirir tanto esplendor en la época de la gran florescencia arquitectural, desde el siglo XII al XIV, se encontraban siendo ya, á consecuencia de su oposición con el clero, verdaderos “franc-masones” y daban libre expansión á sus sentimientos por las caricaturas y las sátiras en piedra con que adornaban las columnas, los chapiteles y las molduras de los edificios.<sup>5</sup>

Nuevos rasgos de la historiografía reclusiana se expresan en las críticas hacia otras maneras de hacer crónica histórica. Tenemos evidencia de ello en una referencia a los levantamientos de campesinos, conocidos como la Jacquería, acontecidos en la Francia del siglo XIV:

Los acontecimientos que tuvieron lugar durante el corto período de lucha, no son apenas conocidos más que por la crónica de Froissart, que era un parásito de los nobles, y por las narraciones de otras personas interesadas en mendigar el favor de los poderosos.<sup>6</sup>

Los criterios de análisis se presentan a veces diluidos en consideraciones de naturaleza metafísica, carentes de rigor histórico, no pudiendo ser apreciados más allá de un mero ejercicio de abstracción especulativa. Veamos aquí una muestra que pretende explicar la situación de España hacia fines del siglo XV:

Los elementos de vida, suministrados por la liga fraternal de las ciudades, dieron á España, aunque tan desunida desde el punto de vista provincial [sic], una notable solidez frente al resto de Europa; los elementos de muerte consistieron en ceder la autoridad á la monarquía centralizada y sobre todo á la Iglesia “infalible”. Esa libertad, que las

---

<sup>3</sup> Ibidem, p. 319.

<sup>4</sup> Ibidem, p. 45.

<sup>5</sup> Ibidem, p. 82.

<sup>6</sup> Ibidem, p. 147.

ciudades habían reivindicado victoriosamente contra los nobles, fue sacrificada en beneficio de otros dueños (...).<sup>7</sup>

Su ateísmo confeso aprovecha el material de la historia para arremeter contra los diferentes cultos religiosos, a veces con más simplicidad, otras con mayor sofisticación, pero siempre con emotividad y dando cabida al juicio axiológico:

El cristianismo perseguido no triunfó hasta después de haber llegado a ser la religión de los perseguidores; el budhismo, que inició sus primeras luchas contra los sacerdotes y se había rebelado contra las ceremonias rutinarias para captar la verdad pura, no triunfó en las costumbres del pueblo chino hasta después de haberse transformado él mismo en ceremonial eclesiástico meticuloso (...) La religión de Confucio, el ju-kiao y el tao-kiao o supuesta religión de Laotse, se conservaron á pesar de todo (...) Las diversas supersticiones, magias, adivinaciones, ritos y morales se entremezclan, pues, en paz, con el grave inconveniente de aumentar en gran manera el número de los parásitos en ermitas y conventos.<sup>8</sup>

La crítica a la monarquía se ilustra, en ocasiones, con descripciones de corte psicologista que, difícilmente pueden ser esgrimidas de manera fundada ni como hechos de la historia ni como interpretaciones rigurosas:

Aquel triste personaje llamado Felipe II no tenía el genio de la oportunidad, ni el de la decisión cuando la fortuna se le presentaba sin pedirle más que acción; hasta cuando era victorioso parlamentaba todavía y temporizaba como para evitar una derrota. Siendo el más envidioso de los hombres, ocultaba sus proyectos cuando debieran hallarse en plena realización; huyendo de la luz del día, se sumergía en el fondo de su negra vivienda, en medio de sus polizontes y de sus frailes, en vez de cabalgar triunfalmente a la cabeza de sus ejércitos, los más sólidos del continente.<sup>9</sup>

Más allá de la monarquía como institución, Reclus apunta su crítica directamente al principio de autoridad:

Con ocasión del cambio de reinado, en 1774, cuando el tímido y dulce Luis XVI sucedió á su abuelo, caído en el egoísmo repugnante de la baja disolución, los eternos cándidos que miran siempre hacia el poder, con la esperanza de que el buen tirano realice el ideal de justicia que por sí mismos son incapaces de realizar, no dejaron de sentir confianza y clamaron hacia el joven rey para que hiciera la felicidad del pueblo.<sup>10</sup>

En algunos pasajes del libro refiere abiertamente su posición ideológica, su opción política, una sociedad dinámica de individuos entrelazados por pactos voluntarios:

---

<sup>7</sup> Ibidem, p. 239.

<sup>8</sup> Ibidem, pp. 180-181.

<sup>9</sup> Ibidem, pp. 406-407.

<sup>10</sup> Ibidem, p. 624.

En cuanto á la república ideal, aquella en que todos los miembros obran como ciudadanos solidarios, como parte integrante de un mismo cuerpo político (...).<sup>11</sup>

[Rousseau] no había llegado aún á la concepción de que esas transformaciones políticas y sociales debieran realizarse por la libre voluntad de los individuos agrupados en sociedades que se formarían y deformarían para reconstruirse de nuevo, siguiendo las iniciativas personales y el juego de los intereses comunales creados por las condiciones del medio.<sup>12</sup>

Para nuestro autor, el proceso histórico está orientado teleológicamente, su objetivo es la consecución de la felicidad:

Así era como el pueblo iba a lanzarse á la gran aventura de la Revolución francesa, de la cual habían de nacer tantas otras sobre ese camino que siguen los hombres en busca de la felicidad.<sup>13</sup>

Le vemos golpear a los mitos legendarios con la crudeza de la argumentación prosaica, un ejemplo cercano va referido a la figura del Cid Campeador:

La verídica historia de Ruy o Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador ó “Batallador”, en el cual la leyenda veía el campeón incorruptible y caballeresco de la fe cristiana, mientras que en realidad fué un jefe de bandas mercenarias, que se ponía al servicio de los cristianos ó á sueldo de los Musulmanes [sic], según las probabilidades del botín.<sup>14</sup>

También asistimos a razonamientos simplistas y superficiales cuando aventura explicaciones causales de determinados sucesos de la historia. Aquí mostramos una alusión a la decadencia del Imperio Portugués en la Edad Moderna:

A pesar de su ferocidad con los indígenas, los Portugueses eran de un natural dulce y sociable (...) Menos de un siglo después de sus grandes descubrimientos y sus triunfos deslumbradores, estaba ya Portugal vencido de antemano por el primer enemigo que se presentara, porque había completamente abdicado en manos de los jesuitas, que habían llegado a ser sus directores de conciencia.<sup>15</sup>

Denuncia la colonización llevaba a cabo por las potencias europeas en el resto de los continentes a finales del siglo XIX y principios del XX. La defensa de las poblaciones indígenas es una de las características definitorias de la posición de nuestro autor. No obstante, hay que poner de manifiesto que el afilado cuchillo, con que hiere las contradicciones flagrantes de las sociedades desarrolladas, pierde parte de su filo al relatar la paradisíaca vida indígena. Un ejemplo, las poblaciones nativas del sureste africano:

Antes de la llegada de Vasco de Gama, toda la región de la costa, desde las bocas del Zambeze hasta el cabo de los Aromas,

---

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 502.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 597.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 634.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 172.

<sup>15</sup> *Ibidem*, pp. 414-416.

constituía una gran federación de repúblicas comerciales, conocida con el nombre de Imperio Zeng (...) La violenta intervención de los Portugueses cambió todo aquel bello equilibrio.<sup>16</sup>

Otro ejemplo: los aztecas. Las argumentaciones aquí recuerdan a algunas de las justificaciones de Bartolomé de las Casas. Al parecer las sociedades indígenas son ajenas a la “lucha de clases”, y la “nación” no posee en este contexto las connotaciones negativas que ofrece en las sociedades más desarrolladas.

En aquella época [principios del siglo XVI], los Mejicanos o Aztecas (...) constituían ya una nación que tenía conciencia de sí misma y poseía una verdadera unidad de civilización que respondía a la unidad geográfica de la meseta de Anahuac.<sup>17</sup>

Finalmente, es de justicia reconocer que del humor hace Reclus un poderoso atractivo para el curioso, el aficionado o el estudioso de la Historia:

Afortunadamente para la fama del duque de Borgoña (...) murió á tiempo para que no se pudiera escoger precisamente su ejemplo (...) Un intervalo de algunos años separó los dos reinados de Luis XIV y de su biznieto, y casi todo ese período fué ocupado por la regencia de Felipe de Orleans, quien al menos tendrá en la historia el mérito excepcional de haber dejado hacer, aunque sin hacer nada él mismo.<sup>18</sup>

---

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 418.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 440.

<sup>18</sup> *Ibidem*, pp. 566-567.